

Prefacio

Todo es social¹

Entrevista de Pierre-Marc de Biasi a Pierre Bourdieu

Pierre Bourdieu, nacido el 1 de agosto de 1930 en la región francesa de Bearne, fue un buen estudiante. En un comienzo, su trayectoria fue la del joven de provincias brillante en los estudios. Después de terminar el instituto en Pau, se traslada a París; realiza sus clases preparatorias en el Instituto Louis-le-Grand, y entra en la École Normale Supérieure en 1951. Termina como agregado en Filosofía, enseña en Moulins, y es profesor ayudante en la Facultad de Argel entre 1958 y 1960. Se trata de un momento de inflexión, a partir del cual su destino cambia. Sigue su carrera universitaria de manera brillante (es profesor ayudante en París, profesor titular en Lille, y director de estudios en la École Pratique des Hautes Études a partir de 1964), pero por aquel entonces sus inquietudes científicas ya no son las mismas. Bourdieu se ha convertido en un etnólogo; después en un sociólogo. En tres años (de 1964 a 1966) publica siete obras (*Trabajo y Trabajadores en Argelia*, *El desarraigo*, *Los estudiantes y la cultura*, *El amor al arte*, etc.) que le sitúan de inmediato en la primera línea de su disciplina. Desde entonces, esta posición de líder, que no ha dejado de serle discutida, no ha hecho sino confirmarse. Director de la revista *Actes de la recherche en sciences sociales* desde 1975, y, profesor del Collège de France desde 1982, Pierre Bourdieu es el *enfant terrible* de las ciencias sociales. Serio (*El sentido práctico*) e impertinente (*Lección sobre lección*), cuanto más se le consagra, más transgrede. Después de *La Distinción*, *L'Homo Academicus* y *La Nobleza del Estado*, que cuestionaron nuestros gustos, nuestras universidades y nuestras élites, he aquí que con *Las reglas del arte* la emprende con «la sacrosanta literatura», como decía Flaubert. A todo el mundo le cae alguna reprimenda, pero Pierre Bourdieu es un experto de la provocación y de la seducción intelectual; forma parte de su método. Es por tanto muy amablemente que me ha recibido en su lujoso despacho del Collège de France para responder a las cuestiones que libremente quisiera plantearle. Tenía ganas de oírle hablar de su libro, pero sobre todo de su trayectoria, y de sí mismo. Venía también con el propósito de discutir poco a poco algunos puntos de su análisis en *Las reglas del arte* que me habían sorprendido. Empecé por pedirle echar un vistazo inquisidor a los treinta últimos años de su vida intelectual. He aquí cuales fueron, más o menos, sus palabras.

Un sistema construido muy tempranamente

-*Pierre Bourdieu*. Lo que quizá más me sorprende es que las cosas que he podido hacer en estos treinta años, y que parecen *a posteriori* distribuirse por fases, en realidad estuvieron siempre profundamente entremezcladas. Por ejemplo, en la época en la que publicaba sobre los estudiantes -*Los estudiantes y la cultura* (1964), *La reproducción* (1970), etc.- mi trabajo principal se centraba de hecho en la antropología, la confrontación con Lévi-Strauss, o el cuestionamiento del estructuralismo. Mi

¹ Título original: «Tout est social». *Magazine littéraire*, 303, octubre de 1992, pp. 104-111. Entrevista de Pierre-Marc de Biasi a Pierre Bourdieu. Traducción de Diana Sanz Roig.

investigación sobre la casa cabileña² fue una especie de ejercicio estructuralista que contenía ya cierta crítica al estructuralismo. Pero desde *El amor al arte* (1966) a *La distinción* (1979), y también más adelante, mi punto de mira no ha dejado de ser el *intelectualismo*. Para mí, Panofsky y Lévi-Strauss, cuyas obras son verdaderamente inmensas, tuvieron el desacierto de plantear y de tratar sus objetos de análisis como textos que debían descifrarse desde un punto de vista de lector. Se analizan rituales como si se tratara de textos. Mientras que un ritual es ante todo una especie de gimnasia. De hecho, estas intuiciones las tuve desde muy pronto. Aron me decía: «Es usted como Sartre, ¿ha contado con un sistema demasiado pronto!». En efecto, una gran parte de mi proyecto se definió muy rápido, aunque, por modestia -creo que esta es la palabra justa-, no hice públicos los elementos de esta construcción sino muy progresivamente, después de un largo tiempo de maduración. Por ejemplo, la noción de *habitus*, en el sentido exacto que le di, estaba formada desde hacía mucho tiempo, e, igualmente, podría retrotraer bastante lejos la mayor parte de las cuestiones clave que orientaron a continuación mi investigación. A menudo, estas cuestiones se remontan a los tiempos de mis estudios de Filosofía, hacia 1951-1955, cuando leía mucho a Cassirer. Su insistencia en la necesidad de adoptar frente al mito un punto de vista «mitopoiético» me ayudó mucho en mi esfuerzo por salir de la visión objetivista de Lévi-Strauss. En lugar de considerar el mito como un dato objetivo que bastaba con descifrar, en lugar de aceptar de entrada la idea de un mito como letra muerta, sentí muy rápidamente la necesidad que había de situarse en el centro del proceso generador que está en el origen de la creación mítica, o, más exactamente, de la práctica ritual.

-Pierre-Marc de Biasi. *¿Quiere decir que su interés por la sociología viene del período de sus estudios de Filosofía?*

- ¡No, de ninguna manera! Este punto de vista filosófico, constituido en esta época, se reforzó y matizó después en el propio trabajo de la investigación que inspiraba. Dicho esto, cuando estaba en la École Normale, compartía la actitud más habitual entre los intelectuales y sobre todo entre los filósofos: ¡el desprecio más característico por la sociología y por todo lo que se le parecía!

El impacto de Argelia

- *Entonces, ¿dónde se situó el cambio? ¿La toma de conciencia que le condujo hacia la sociología?*

- Fue el impacto de Argelia... Entre 1958 y 1960 trabajaba como profesor ayudante de Filosofía en la Facultad de Argel, y trabajé sobre el terreno durante la guerra. Ahora bien, cuando uno trabaja en situación de guerra, uno se halla obligado a plantear los problemas de método con una extraordinaria agudeza, con una extrema vigilancia teórica. Uno está obligado a reflexionar, radicalmente y muy rápido, en lo que significa construir una pregunta, en todas las implicaciones de una cuestión, etc. Había emprendido este trabajo sobre la sociedad argelina porque tenía la sensación de que el mundo intelectual francés, del cual aprobaba plenamente los posicionamientos éticos (sobre la tortura, etc.) tenía una visión bastante ingenua de esta sociedad. Por otra parte, el futuro lo confirmó muy rápido en los hechos, ya que las realidades argelinas eran radicalmente distintas de la imagen que se formaban los intelectuales parisinos. Quería testimoniar a mi modo, poner de manifiesto este desajuste, y fue intentando hacerlo que me vi obligado a cuestionarme a mí mismo. Me vi obligado a un trabajo de anamnesis que afloró en mí todo lo que el aprendizaje escolar me había llevado a rechazar: la

² Especialista de Flaubert, ha editado *Carnets de travail* (París: Balland, 1988) y *Voyage en Egypte* (París: Grasset, 1992).

experiencia de mi infancia, mi acento, mis orígenes sociales... Tomé conciencia de que estos cabileños que abordaba con todo el respeto que debe un etnólogo al informante eran de hecho muy similares a la gente que poblaba el universo de mi infancia. Y pude así volver la mirada (muy distinta a la que me había inculcado la École) a mi propio pasado. El punto de partida de este trabajo de sociólogo está en este regreso de lo reprimido, indisociable de un compromiso político. Dicho esto, nunca he pertenecido a ningún partido, y sin duda es este hecho el que hace extraña mi posición en el campo intelectual de esa época, y también ahora. Por cierto, no era el único. En la École Normale había un pequeño grupo de izquierdas que se oponía al Partido Comunista. Todos ellos tienen en común haber escapado tanto a los delirios estalinistas como a los transfuguismos oportunistas. Por otra parte, lo que ocurrió a finales de los años 1950 se reprodujo de forma distinta, pero tan violenta como en 1968. Por supuesto, en el 68, había una dimensión más pintoresca, una crítica a los aparatos extremadamente simpática, pero muchos maoístas o trotskistas de estos años eligieron llevar a cabo reconversiones políticas (de izquierda a derecha) completamente similares a las de los estalinistas de los años 1950. Son los mismos que condenándome desde mi «izquierda», me condenan, hoy, desde mi derecha.

- *Si le pidiera elegir, en su producción anterior, el libro en el que mejor se reconoce, ¿cuál citaría?*

- Seguramente *El sentido práctico* porque es el balance de todos mis trabajos antropológicos, de mi esfuerzo por romper con el intelectualismo, y porque es en este libro donde formulo lo esencial de mi teoría del *habitus*, es allí donde trato la cuestión de la especificidad de la lógica de la práctica, cuestión a mi juicio fundamental para la crítica de la visión estructuralista, crítica que se aplica también al análisis más habitual de la experiencia de las obras culturales, y en particular de los textos.

El gusto por la literatura

- *¿Cuál es el lugar de la literatura en su trayectoria intelectual?*

- Para mí la literatura no es de ninguna manera una afición. Me aterroriza la gente que se cuenta a sí misma. Solo le diré que cuando estaba en la École Normale me preparaba muy concienzudamente para ser compositor, o director de orquesta... Después, cambié de dirección y pensé que me convertiría en crítico de arte. Finalmente, me transformé en filósofo... antes de ser sociólogo. Desde 1963, he organizado en la École Normale Supérieure un seminario de historia del arte y de la literatura en el que he esbozado las primeras investigaciones cuyos resultados se han presentado en *Las reglas del arte*.

- *¿Lee por placer?*

- Sí, por supuesto. Este verano, aparte de mis lecturas «profesionales» sobre la historia del nacimiento del Estado o sobre la historia de la división del trabajo entre los sexos, he leído todo tipo de cosas como Vargas Llosa (*La casa verde*, repleta de reminiscencias de Flaubert), Borges, David Lodge, Juan Benet que me gusta mucho, Echenoz... Leo y releo a Faulkner muy a menudo, pero esta, en cierto modo, es también una lectura profesional. De hecho, es una pregunta muy difícil la que me plantea: desde el punto de vista cultural, no existe forzosamente una oposición entre el placer y la reflexión. Igual que no existe necesariamente una frontera estanca entre los distintos espacios culturales. Me he pasado la vida transgrediendo las fronteras, fronteras que nueve veces sobre diez son meramente sociales. Es el caso de mi último libro, en el que me esfuerzo por acumular los logros de tres ámbitos de conocimiento tradicionalmente separados: la historia de la literatura, la historia de la pintura y la historia de la filosofía. En realidad, estamos tan acostumbrados a pensar que estos universos diferentes deben

pensarse distintamente que no vemos que en cada uno de los campos nos planteamos los mismos problemas y en los mismos términos. La estructura de las oposiciones principales en los ámbitos de la historia de la ciencia, de la historia del derecho, de la historia de la filosofía, de la historia de la literatura y de la historia de la pintura es *la misma*. Observamos evidentemente características específicas, pero constatamos también homologías estrictas, todavía más sorprendentes que las diferencias. Ahora bien, una de las cosas que aprendí trabajando sobre la pintura es por ejemplo el «sesgo» por el que el experto sustituye lo *interesante* por lo *agradable*. Comprendo al entendido que, poco a poco, se capacita para considerarlo *todo* interesante, incluso las obras más frías. Pero, como siempre, el riesgo es la perversión académica, que consiste en interpretar todo desde el punto de vista del intérprete. De eso, a decir verdad, me defiendo bastante bien: soy capaz de abandonarme decididamente a la lectura ingenua. Fue, por ejemplo, completamente por casualidad que me encontré con los textos de Mallarmé que comento. Al principio, me pareció vertiginoso. Desconfié mucho de mi primera impresión, diciéndome, he aquí a Bourdieu proyectando a Bourdieu en Mallarmé, y maravillándome de su hallazgo; y después lo releí, amplié mis lecturas a otros textos de Mallarmé, y localicé bastantes indicios para estar seguro de que no estaba sobreinterpretando, sino que el texto decía exactamente lo que yo había leído en una primera reacción. Con respecto a Faulkner, todo ocurrió de la misma forma: son textos que leí hace mucho tiempo sin ningún objetivo. E inconscientemente debí ser sensible a la lógica profunda de estos textos. No los había olvidado. Recuperé la memoria trabajando, y los releí para someterlos a un análisis más profundo. Lo mismo en el caso de Virginia Woolf...

Publicar peligrosamente

- *De media publica, desde hace treinta años, algo más de dos libros cada tres años (¿y dejo de lado a los artículos!). ¿Le parece normal?*

- Sí, quizá es demasiado... Pero no tengo en absoluto el fetichismo de la publicación escrita. Creo que escribir es un trámite importante, pero a menudo he escrito para saber lo que pienso. Y no me arrepiento. Estoy convencido de que uno aprende mucho sobre el sentido de lo que hace por el mero hecho de producirlo, de actualizarlo, y también por las reacciones que provoca. De mi sociología de la literatura saqué el principio de que hay que escuchar siempre muy atentamente a los adversarios; no porque sean *a priori* más inteligentes, sino porque tienen tanto interés en ver lo que yo no veo que tienen muchas posibilidades de descubrir lo que, por definición, yo tengo pocas posibilidades de ver. Aunque para mí el hecho de haber publicado a menudo un poco antes de lo que la prudencia habría aconsejado ha sido un verdadero instrumento de descubrimiento. Y tengo la impresión de tener, en gran parte, detrás de mí, una obra de juventud... Escribí muchas de mis obras para hacer balance de mi investigación (estoy pensando en *El amor al arte* o *El oficio de sociólogo*) o, como en el caso de *Bosquejo de una teoría de la práctica*, los borradores de obras futuras más trabajadas, más terminadas, nunca habría escrito *El sentido práctico* si *Bosquejo de una teoría de la práctica* no hubiera estado detrás de mí en el momento en que acometí su escritura.

La escritura del sociólogo

- *Vuestro último libro puede dar esta sensación de escritura provisional. Es una obra en construcción, con todos los encantos de una obra en construcción -proliferación de instrumentos y de materiales, etc.- pero también con todos los aspectos*

desconcertantes... Se trata evidentemente de una elección. ¿Cómo escribe? ¿Qué es escribir para un sociólogo?

- Depende completamente de los casos y de los objetos. En *Las reglas del arte*, por ejemplo, encontrará fácilmente una decena de formas de escritura que corresponden a otros tantos objetos diferentes. Cuando trabajaba en *La distinción* tuve que manejar tablas de estadística tan grandes que ninguna mesa era suficientemente espaciosa para permitirme colocarlas. No son los montones de borradores de Flaubert, pero no es más fácil de manejar, y, por desgracia para mí, no tiene la elegancia de los manuscritos de escritor. Para los medios intelectuales elegantes es horrible: el libro más despreciado de Durkheim es su obra sobre el suicidio, porque está repleta de tablas estadísticas. Cuando trabajas con este tipo de material, la escritura se convierte en un problema especialmente espinoso. Las exigencias de rigor técnico y epistemológico propias del discurso científico obligan a dedicar una atención extrema a la lengua. Por ejemplo, nunca digo «los hijos de los obreros hacen esto», sino que utilizo una fórmula modalizada del tipo «los hijos de los obreros tienden a hacer esto», precaución que por otra parte nadie señala, y que no impide en absoluto que se me acuse de determinismo.

- *Sí, ya me he dado cuenta... No soy un incondicional de su sistema, pero le he leído, y he observado que se le hacen procesos de intención que no siempre son legítimos científicamente. Se le tacha de reduccionista cuando una gran parte de su trabajo, es verdad, ha consistido en desmarcarse del reduccionismo sociológico y en multiplicar las precauciones metodológicas... Pero volvamos a la escritura del sociólogo.*

- Si he dado cuenta de la fórmula de Flaubert «escribir bien lo mediocre» no es por casualidad. El sociólogo se relaciona, continuamente, con las realidades más triviales de la existencia ordinaria, excluidas, por su vulgaridad, de cualquier especie de discurso legítimo. Además, le es necesario *evocar* con frecuencia las realidades sociales que intenta explicar: realidades que a menudo son desconocidas para sus lectores (el chabolismo, la fábrica, los pisos de protección oficial-, o simplemente la clasificación postal, o la clase de francés de un instituto del extrarradio, etc.) o que, cuando son conocidas, pasan con frecuencia desapercibidas, a falta de categorías para percibir las. Por ejemplo, los pequeños detalles de la comunicación interpersonal. En este momento estoy llevando a cabo una gran investigación sobre lo que podríamos denominar el *sufrimiento social*. Entrevisto a gente muy diferente -empleados, franceses de origen árabe, ejecutivos en el paro, etc.- e intento poner en marcha, a través de una especie de cuestionario bastante complejo, una forma de mayéutica socrática, o, si se quiere, un socioanálisis que se propone hacer decir a la gente cosas que ni ellos mismos saben a ciencia cierta. El problema de la publicación es muy difícil, porque en este caso quiero ofrecer el mismo texto del discurso oral, que tiene una fuerza simbólica que ningún análisis conceptual podrá jamás alcanzar (la gente encuentra formulaciones extraordinariamente potentes). Pero, por otro lado, no es posible entregar estos textos tal y como están, ya que no podemos suponer que cualquier lector será capaz de recibirlos sin una reacción de rechazo social, sin prejuicio de clase, etc. Y, en consecuencia, estos documentos deben estar precedidos de textos de presentación que preparen al lector para adoptar la actitud comprensiva del sociólogo proporcionándole elementos de información indispensables sobre la persona, el contexto, etc. Ahora bien, solo a partir de un colosal esfuerzo de escritura podemos evitar «disecar» al informante, tratarlo como un caso clínico, sin caer, sin embargo, en las necesidades de la complacencia populista, etc.

El caso Flaubert

- Según mi costumbre, trabajaba en este problema mientras escribía *Las reglas del arte* y reflexionaba sobre Flaubert. Y en esta especie de idas y venidas entre los dos universos de escritura, me convencí de que Flaubert consiguió resolver la mayoría de los problemas de escritura que los investigadores más lúcidos en ciencias sociales apenas empezaban a plantearse. Y me di cuenta de que realmente los había resuelto a través de su trabajo sobre el estilo. Y creo que es porque me encontré con problemas muy parecidos a los que él se había planteado que pude dar con el *principio* del estilo de Flaubert, y de todos los rasgos -como el uso del estilo indirecto libre, por ejemplo, o del «como si», que ya fueron señalados por otros investigadores, aunque por separado-, a saber el esfuerzo metódico de controlar el *punto de vista* narrativo, la relación o la distancia entre el narrador y su objeto. Problemas que también tenemos en sociología.

- Sí... Pero ¿podría usted precisar lo que su libro aporta de nuevo al conocimiento de la obra de Flaubert? ¿En qué es portador, a vuestro juicio, de un nuevo saber sobre la escritura de Flaubert y el sentido de su trabajo, o, de un modo general, sobre la sociología de la literatura?

- Voy a contestar indirectamente, ya que no me corresponde legitimarme a mí mismo. Acabo de recibir de Suiza un artículo que muestra muy bien lo que podría derivar de un libro como *Las reglas del arte*. El autor enumera las distintas disciplinas que estudian la literatura y escribe: «La teoría de los campos propone a estas disciplinas una orientación de trabajo, un programa de investigación, o incluso, sin que esta pretensión deba ser interpretada como totalitaria (¡afirmación que yo mismo habría precisado con toda seguridad!) la esperanza de verse integradas un día en lo que podríamos denominar una teoría general de la producción literaria.» ¡Ahí está! Esto es lo que he querido hacer con este libro: mi propósito no es en absoluto sustituir las otras formas de estudiar la literatura por la sociología, sino proporcionarles el modo de reagruparse...

- Me gustaría creer que vuestros propósitos han sido, en el fondo, pacíficos y federativos, pero en *Las reglas del arte* dedica una buena parte de su tiempo a disparar con una ametralladora pesada contra todo lo que se mueve en el ámbito de la crítica literaria.

- ¡No, no! Solo digo que todos estos discursos críticos proponen puntos de vista parciales que hay que integrar. Y me parece que el modo de análisis que propongo permite en efecto integrar, de manera no ecléctica, la mayoría de los enfoques que se utilizan actualmente, superando sobre todo la alternativa paralizadora entre el análisis interno, formal, del texto y el análisis externo, llamado sociológico del contexto. Los formalistas rusos, por ejemplo, que son probablemente los que han ido más lejos en esta dirección, no han logrado distinguir con claridad y combinar el análisis de las relaciones entre los textos y el análisis de las relaciones entre los productores de estos textos. Hay que salir de este *impasse*. Tengo pues una visión *integradora*, y en absoluto sectaria: ¡pero evidentemente siempre podemos decir que mi gesto federativo es en realidad anexionista!

- Es bastante probable... Pero aunque aceptáramos la problemática del campo tal y como usted la plantea, admitirá que existe una dimensión específica del estudio de las obras literarias en la que no podemos entrar ni trabajar solo con los instrumentos de la sociología. Lo que nos enseñan los manuscritos de Flaubert, por ejemplo, es que ningún fenómeno de escritura es interpretable de manera unilateral. La menor transformación en los borradores pone en juego, generalmente, dos o tres variables, a veces más: trabajo estilístico, elaboración simbólica, alusión socio-histórica, referencia al intertexto, juegos de palabras y pastiches, o incluso rasgos del inconsciente, a modo

de lapsos, por ejemplo, etc. Lo que es sorprendente en la lógica de los borradores es la pluralidad de variables y la sobredeterminación de los fenómenos de transformación, pero sin que podamos atribuir a una de estas variables un estatuto hegemónico, y no más a la dimensión social que a cualquier otra.

«Todo es social»

- ¡Siempre pasa lo mismo! ¡Siempre me sorprende que nos resistamos a reconocer esta verdad: ¡*todo es social!* El estilo, la forma, así como los derechos de autor, las relaciones con el editor o con los otros autores, etc. Al conferir a la escritura un estatuto de excepción, una especie de extraterritorialidad con respecto al mundo social, ¡es usted quien es reduccionista! En mi opinión, esta actitud es indefendible. ¿Qué significa esto? Significa que en la mentalidad de la gente, en la de Genette, en la suya, hay una ruptura formal, que separa por ejemplo el estilo, la forma y las cuestiones sociales. En el caso de Heidegger he mostrado, por ejemplo, que las investigaciones más «puras» de la forma filosófica podían entenderse como soluciones de compromiso (como todos los eufemismos) que permitían jugar con las censuras propias del campo filosófico. Los críticos de la sociología coinciden a menudo con los sociólogos que aceptan una definición mutilada, sociologista, de su disciplina. Afirmar que todo es social significa decir llanamente que no hay trascendencia, y que la escritura, con todas sus especificidades, es un fenómeno social que solo podemos explicar a través de lo social.

Cuestiones de método

- *Cuando era más joven, todo estaba politizado... La historia nos ha enseñado a desconfiar de los discursos que no tienen ningún reverso, de los que no podemos salir, y que de entrada rehúyen los cuestionamientos. Pero puesto que ahora estamos amenazados de devoción a la trascendencia, quizá es mejor hacer una excepción en el caso de la sociología. Si todo es social -solo puedo dar fe de ello- reconocerá de todos modos que la literatura construye un campo de especificidades notablemente autónomas: es por otro lado el propio sentido de una parte de su libro. ¿Por qué no podemos deducir de ello la legitimidad de los enfoques específicos?*

- ¡Pero yo no los descalifico en absoluto! Creo incluso que el campo literario permite ver realidades muy complejas en las que, como usted dice, se combinan todo tipo de variables. Dicho esto, para dejar constancia, por mi parte, es verdad que trabajando en la escala en la que trabajo -estoy convencido de que se impone la escala global-, no puedo evidentemente profundizar en todo aquello para lo que propongo un programa. Por ejemplo, creo sinceramente que el estudio de los manuscritos, cualquier interrogación sobre la redacción del texto, de sus estados sucesivos, etc. tiene mucho que aportarnos, sin que esta investigación, no obstante, pierda de vista lo esencial, es decir, el conjunto de condiciones sociales de posibilidad de la escritura, que no se reducen en absoluto a lo que se muestra en el manuscrito. Pero es verdad que podemos leer lo social *incluso ahí*, en los borradores.

- *«Incluso ahí» es decir poco. Me gustaría que me precisara dónde, mejor que en los borradores, encontrará el modo de probar de manera certera lo que avanza con cierta precisión sobre la elaboración del texto, sobre el rol que ha podido desempeñar una u otra fuente, una u otra determinación formal o contextual. La relación de la realidad con el texto es en el mejor de los casos coyuntural. No es ni siquiera una hipótesis de relación. ¿Por qué minimizar la riqueza de esta inmensa fuente de información que son los documentos de redacción de la obra? Es un espacio en el que se puede observar*

directamente la forma en la que el escritor inventa, innova, hace sus elecciones, donde uno puede ver cómo se definen sus estrategias más secretas de defensa y de ataque. Para un estudio de las condiciones sociales de posibilidad del texto, ¿me parece que es una mina!

- No le discuto en absoluto el interés de este enfoque. Con la expresión «incluso ahí» quería decir que lo que usted busca se expresa en distintos lenguajes. Mi experiencia de etnólogo y de sociólogo me ha enseñado que, afortunadamente, la realidad social y sus estructuras se nos presentan de varias formas: en los discursos, en los textos, pero también en las prácticas, en las instituciones, etc. Hay una especie de masoquismo en los críticos que ven el texto como un fetiche: prefieren buscar las cosas exclusivamente en la escritura, es decir, allí donde a menudo es especialmente difícil leerlas, mientras que podemos encontrar perfectamente la misma información de forma más clara en otra parte, por ejemplo en el ámbito de las prácticas. Pero aquí no se acaba todo: incluso para comprender el estilo es necesario tener en mente la estructura del espacio social. Y estoy convencido de que sus análisis de borradores, todos estos estudios de manuscritos podrían convertirse en un modo excepcional para comprender las estrategias sociales de escritura, que se definen con el condicionante de las estructuras sociales del campo. Si tuviera tiempo, creo que podría llevar a cabo la demostración; he pensado mucho sobre el tema leyendo sus trabajos. Pero, por ahora, tengo la impresión de que el estudio de los manuscritos cae demasiado a menudo en el formalismo, olvidando tomar en consideración lo esencial, es decir la estructura del campo.

Dimensión programática

- *Con respecto a esta estructura del campo literario de los años 1850-1900, me ha parecido que la descripción que ofrece estaba tomada, en gran medida, de trabajos universitarios un poco desfasados históricamente (de 1910-1925), y que cree a pies juntillas lo que en el fondo no es sino la manera muy anticuada en que las «historias literarias» de la época representaron los movimientos, las escuelas, las tendencias y los antagonismos de la generación precedente. ¿Está seguro de que los problemas se plantearon de esta forma para Flaubert y Baudelaire en el momento en que escribieron?*

- Sabe que para hacer esta descripción del campo me he documentado, ¿me he documentado muchísimo! Creo que lo que he hecho es perfectible. Dicho esto, he leído todo lo que los críticos han escrito y creo, se lo aseguro, que no ahondan demasiado en la descripción de las condiciones sociales en las que Flaubert escribió, incluso aquellos que hacen alarde de pretensiones sociológicas. He hecho el esfuerzo de mirar de cerca lo que ocurría en la escena literaria parisina de la época. Naturalmente no pretendo agotar el tema. Queda mucho por hacer: es *un programa*. No se equivoca al decir que los nombres de las escuelas o movimientos a los que me refiero están en parte desfasados y que las relaciones entre estas tendencias se han simplificado un poco. Son primeras etiquetas, y convendría ciertamente profundizar en ello... Lo que sé es que ahora, para criticarme, habrá que ponerse por fin a la tarea, y proponer una construcción metódica y sistemática. Y es así como definiría la utilidad de mi libro: es una provocación al trabajo y un programa de investigación. Preparando este libro me he decepcionado muy a menudo al no encontrar bibliografía sobre la que apoyarme (aparte de los trabajos realizados por mis propios alumnos, especialmente Christophe Charle y René Ponton). Los estudios literarios son un ámbito en el que aceptamos una indigencia metodológica que no aceptaríamos en ninguna otra disciplina de las ciencias humanas. Con muy pocas excepciones, por otro lado mal vistas o despreciadas, los estudios

literarios están protegidos por una tradición de sacralidad que autoriza una especie de «indiferencia» metodológica: el biografismo, el psicologismo, etc. No los condeno, soy sin duda el primero en comprender las razones de este estado de cosas, que son profundamente sociales; simplemente lo constato. Y ya no me refiero a la historia de la filosofía o del derecho, ¡donde es todavía peor! Son las disciplinas que han conservado el monopolio absoluto de su historia y que se mantienen radicalmente alejadas de las ciencias sociales. En el ámbito literario, la protección es considerable, pero existen algunas brechas como esta en la que me acabo de introducir.

- *¿Cómo ve el futuro de esta investigación en sociología de la literatura?*

- Bueno, pues veo en este libro una especie de llamamiento a la integración no ecléctica de los estudios literarios que se encuentran hoy separados por razones sociales que hay que reconocer y superar. Cada uno vive defendiendo su pequeño monopolio sobre un cantón tan pequeño como sea posible; es una ley bien conocida de los sociólogos de la ciencia. Es mejor ser el primero en una pequeña provincia del saber, que el segundo en un imperio más grande. Pero esta lógica que puede ser un motor de progreso al especializar la investigación, termina también por atomizarla, y produce una infinitud de micro-especialidades. Ya es hora de empezar a trabajar de manera negociada, y abandonar el espíritu de capilla para aplicarse a una auténtica teoría de la producción literaria. ¿Por qué no podríamos tener una ciencia unificada que se ocupara a la vez de las cuestiones formales, de los géneros, del análisis del texto, de los manuscritos, del estilo, y de las condiciones sociales de la producción literaria? Por supuesto, primero sería necesario resolver un problema de formación absolutamente central en estas famosas Facultades de Letras que se arrepienten de no haber creado, como las Facultades de Ciencias, este tronco común inicial en el que todos los futuros investigadores comenzarían por adquirir el conocimiento de los métodos.

Consagración y transgresión

- *¿Qué le parece haberse convertido en un sociólogo consagrado? ¿No es una situación un poco contradictoria con su apuesta de innovación y desobediencia intelectual? ¿Dónde se halla, en este sentido, diez años después de su entrada en el Collège de France?*

- La entrada en el Collège de France me planteó un auténtico problema. De hecho, dudé mucho, hasta el punto de que antes de mi elección, me costaba hacer comprender mis dudas a mis amigos que me apoyaban y que podían terminar creyendo que les reprochaba ser lo que eran. Por cierto, las fechas lo atestiguan: este período de entrada en el Collège, 1981-1982, vino acompañado de un intenso trabajo de reflexión sobre la cuestión de la consagración (escribí por ejemplo un texto titulado «los ritos de la institución»), y mi lección inaugural tenía como objeto la noción misma de la consagración. Diez años después, yo diría que el estatuto de profesor del Collège no ha cambiado mucho mi trabajo, si no es quizá que me ha permitido ir un poco más lejos en mi esfuerzo de cuestionar las instituciones que me acogen y de cuestionarme a mí mismo. Recuerdo que un día estaba en Princeton para dar una conferencia sobre Flaubert y Manet -analizaba la recepción del cuadro de Manet *El torero muerto*- y reflexionaba sobre el destino de este artista que rozó la locura a fuerza de querer ir hasta el final de su proyecto, a fuerza de romper con la academia y con el academicismo, y todo lo que de ello se deriva, la perspectiva, etc. Obviamente, no se desafían las creencias esenciales del mundo social impunemente: nos exponemos a ser tachados de incompetencia, de absurdidad, incluso de locura. Como cuenta Zola en *La obra*, Manet vivió su «excomulgación» de forma profundamente dramática. Aquel día, en Princeton,

de manera muy inmodesta, me dije que en el fondo estaba en una situación un poco similar. Desafío un cierto tipo de positivismo, tanto en materia de estadística como en otros ámbitos, y lo hago de forma completamente deliberada a partir de una opción epistemológica bien definida. Pero por un cierto aristocratismo (no solo los filósofos tienen derecho a la elegancia) me resisto con frecuencia a decir lo mínimo que bastaría para que la gente reconociera una intención clara, un posicionamiento, allá donde me imputarán una falta. Ahora bien, aunque estoy absolutamente decidido a ir hasta el final de mis desafíos, es en ocasiones muy difícil afrontar la incompreensión sin perder el ánimo. La consagración no tiene, para mí, otra ventaja que ayudarme a perseverar en la transgresión.